

ARTÍFICES No.11

10
HISTORIAS

“Piensa bonito, habla bonito, teje bonito”

Hugo Jamioy, etnia Kamëntsá,
Valle del Sinbunday, Putumayo, Colombia.



ARTÍFICES 11

10 HISTORIAS

ARTESANÍAS EMBLEMÁTICAS COLOMBIANAS





Continuando con el espíritu del ejemplar número 10, Este, el número 11, es igualmente el producto de un trabajo con los especialistas en el área de diseño de Artesanías de Colombia. Los artesanos que aquí mencionados son considerados maestros en la medida han logrado establecer un diálogo con el diseño que los ha llevado a aumentar la calidad de los productos a la vez que preserva el patrimonio cultural vivo dentro de estas intervenciones.

El trabajo conjunto entre diseñador y el artesano busca mejorar el proceso productivo de la artesanía, en esa relación los artesanos adquieren herramientas las cuales les sirven para hacer de su artesanía un producto competitivo en el mercado sin que pierda la esencia y tradición de la que emana originalmente.

Artesanías de Colombia comprometida con la visibilización de los oficios realizados por las manos de nuestros artesanos tuvo en cuenta desde sus inicios que para lograr posicionamiento en el mercado, el mejoramiento de la calidad de los productos era ineludible aunque manteniendo la identidad de la cultura que lo produce.

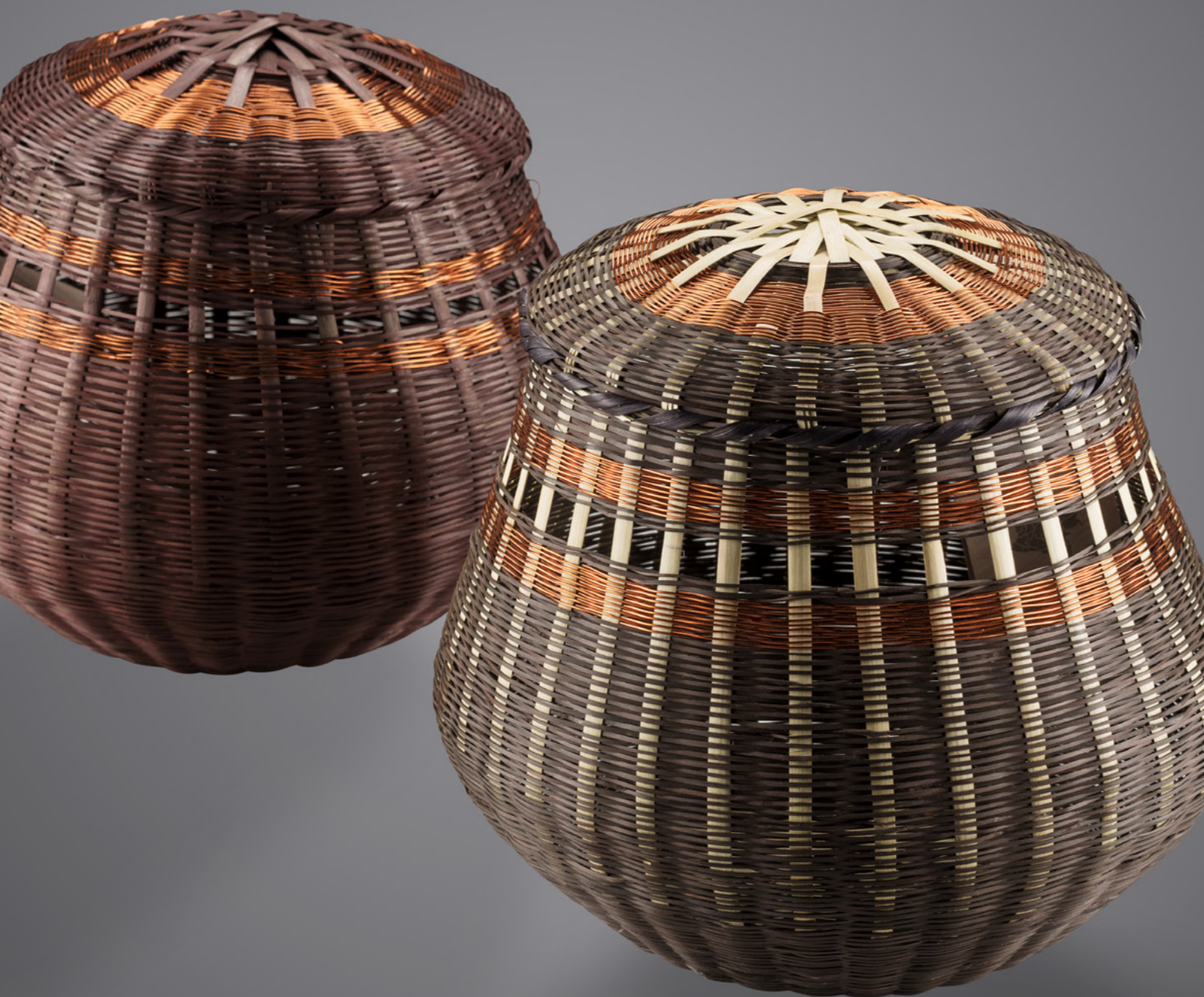
En este ejemplar encontramos la historia de 10 artesanos de distintas partes de país, sin embargo es de especial interés hacer un homenaje a la artesana Ana Lucía Alquichire quien luego de la entrevista realizada a principios de este año (2018) murió en el mes de septiembre. Una oportunidad más para inmortalizar su historia. Resaltar el legado artesanal que dejó impreso en el barro de su natal Guane.

ANA MARÍA FRÍES MARTÍNEZ
GERENTE GENERAL ARTESANÍAS DE COLOMBIA

Mapa de Artesanías de Colombia

- | | | |
|-------------------------------|-----------------------------------|-------------------|
| 1. Maria Ivania Muñoz | Boyacá / Sutatenza | Cestería en chin |
| 2. Dionisio Vargas de la Rosa | Atlántico / Galapa | Talla de animales |
| 3. Luis Francisco Villadiego | Bolívar / Magangué | Trabajo en totumo |
| 4. John Fredy Puerta | Antioquia / Santa Fe de Antioquia | Trabajo en madera |
| 5. William Contreras | Cundinamarca / Cucunubá | Tejeduría |
| 6. Alfonso Carrillo Echeverry | Huila / Neiva | Vitrofundición |
| 7. Eladio Mogollón | Norte de Santander / Cúcuta | Alfarería |
| 8. Luis Octavio Ocampo | Risaralda / Santa Rosa | Trabajo en madera |
| 9. Ana Lucía Alquichire | Santander / Barichara | Modelado |
| 10. Braulio Ledesma | Cauca / Popayán | Forja de hierro |





1. CESTERÍA DE CHIN: LA FUERZA DE UN LINAJE

La cestería ha estado presente en la familia de **María Ilvania Muñoz** desde tiempos remotos. En su linaje materno y paterno todos, desde sus tatarabuelos, se han dedicado y han vivido de uno de los oficios más antiguos de la humanidad. María Ilvania lo escogió por tradición y por amor. A los seis años comenzó a hacer sus primeros canastos, y luego, con el chin y la calceta de plátano que les sobraba a los mayores, tejía soles y canastos de diferentes tamaños.

Después aprendió a manejar el cuchillo para sacar la fibra, la segueta y el metro. Estudió hasta quinto de primaria y luego se dedicó a ayudar en las labores de la casa, a cultivar y a cuidar a los animales. En sus ratos libres se entregaba a lo que más le gustaba: tejer a mano canastos de chin, esa varita de caña de castilla que antes se usaba para hacer cielorrasos, corrales de gallinas y jaulas para pájaros.

María Ilvania explica que el chin debe estar maduro para poder cortarlo a ras de suelo. Con un cuchillo se descartan las hojas y se saca la fibra, la cual sale en tiras de diferentes grosores que se utilizan dependiendo el canasto que se vaya a elaborar. Con una piedra lisa se machaca la fibra para eliminar las asperezas y comenzar a tejer a mano canastos tradicionales (grandes, medianos y pequeños) que se usan para el mercado, para llevar el almuerzo, para cargar los huevos y el pan o guardar la ropa.

La vida de María Ilvania se transformó cuando se fundó la Asociación Arte y Cultura de Sutatenza en 2005, compuesta por dieciséis mujeres y cuatro hombres, para ayudar a las madres cabeza de familia a través de la cestería. Ella, que trabajaba sola en su casa, empezó a reunirse cada dos meses para tejer en grupo, compartir su conocimiento y recibir capacitaciones sobre innovación y diseño. Ahora hacen canastos de chin con fique y cuero, paneras, individuales, bandejas y centros de mesa.

A los setenta años, María Ilvania asegura que los gustos han cambiado y que tienen que estar al día con las nuevas tendencias. Aunque siguen conservando la tradición, quieren aprender nuevas técnicas y están dispuestas a apostarle a diseños más modernos que les permitan vender sus productos. Es la única vía posible para fortalecer la asociación y darles empleo a más artesanas.

Para María Ilvania la unión hace la fuerza. La vida le dio la razón en 2016, cuando ganaron la Medalla a la Maestría Artesanal de Comunidad. La asociación no ha crecido, pero ha sabido mantenerse y llamar la atención de jóvenes artesanas que han encontrado en la cestería un camino de vida. Este año recibieron un pedido inmenso de la gobernación de Boyacá. Para apoyar la campaña "Más canastos y menos bolsas" tuvieron que tejer 1640 canastos con los que pretenden ayudar al medio ambiente y poner la mirada del país sobre la belleza y utilidad de este saber ancestral.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.



2. ANIMALES DE MADERA

Dionisio Vargas dice que cuando nació Dios puso en sus manos el don de la talla. Con tan solo cinco años hacía figuras en arcilla y a los siete comenzó a tallar el barro que su mamá conseguía cada vez que llovía en el pueblo. Aunque no viene de un linaje de artesanos (su padre trabajaba en el alcantarillado de Ponedera, Atlántico, y su madre comercializaba pescado), su familia siempre lo impulsó a conectarse con su vocación. Debido a la violencia y a la precaria situación económica, en la adolescencia tuvo que dejar Ponedera junto con sus padres y sus cuatro hermanos, y trasladarse al municipio de Galapa, donde Dionisio trabajó unos años en agricultura. Pero la talla volvió a llamarlo.

Justamente en Galapa descubrió que la talla de madera era un oficio de mucha tradición en el pueblo. El interés por crear figuras de madera se hizo más fuerte y, sin pensarlo, comenzó a tallar.



Guiado por su instinto y pasión fue aprendiendo el oficio. Nunca tuvo un maestro, fue la madera quien se encargó de instruirlo. Su primera pieza fue un búho, luego comenzó a crear vacas, caballos, toros, cebras, búfalos, bisontes, cocodrilos, lagartos, tortugas y aves. Para lograrlo, Dionisio se ha convertido en un estudioso de la biología. En libros de ciencias naturales analiza la anatomía de los animales, y en videos y canales de televisión observa los movimientos y comportamientos de cada animal para luego plasmarlos en la madera.

Dionisio tiene un pequeño taller en su casa, donde vive con su compañera y dos hijos pequeños. Trabaja con maderas como el cedro, el roble, la ceiba y el cañaguaste. Para tallar utiliza un sinfín y cuchillos de doce y cuatro pulgadas que le permiten realizar un proceso delicado y preciso. Dionisio se encarga de cortar, diseñar y

tallar cada pieza mientras un ayudante lija y pinta con anilinas, vinilos y tintilla los objetos. Sus animales miden entre cinco y cuarenta y cinco centímetros (dependiendo de las exigencias de los clientes), que él talla en tres o cinco días. Además, hace rostros de madera, máscaras tradicionales y accesorios para el Carnaval de Barranquilla, y anillos, aretes y collares para el almacén Salomón, uno de sus mejores clientes.

A los cuarenta y un años sueña con tener un taller más grande, que llamará Artesanías Ioni, y en donde espera profesionalizar su trabajo, tener varios empleados y ampliar la producción para atraer a más clientes. Para él, la talla es un trabajo de devoción y amor al que ha consagrado la vida. El paso siguiente es transmitir lo que sabe y expandir sus creaciones, esos animales de madera que recuerdan la magia de la naturaleza.

3.

LA MAGIA DEL TOTUMO

Luis Francisco Villadiego nació en Magangué, Bolívar, en medio de una familia numerosa. Su papá sembraba yuca y maíz mientras su mamá atendía el hogar y las necesidades de sus ocho hijos. Él, el mayor de todos, parecía estar destinado a trabajar la tierra. Fue su abuela, una experta conocedora del totumo, quien desvió su destino. Luis Francisco se sentaba a su lado para observar en silencio la manera en que ella raspaba el totumo, un árbol que crece de manera silvestre, para tallar pequeñas cucharas que él vendía por las calles del pueblo. Pero fue hasta los cincuenta años que asumió el oficio.

Debido a la violencia en Colombia, durante varios años vivió como un peregrino en Cartagena, Carmen de Bolívar, Bogotá y Valledupar. También trabajó en agricultura y como obrero en diferentes construcciones hasta que, de tanto echar pañete, desarrolló una alergia que lo obligó a buscar otra alternativa de vida. En ese momento recordó las enseñanzas de su abuela y se lanzó a trabajar el totumo. Lo primero que hizo fue un helicóptero muy grande con el que ganó un premio artesanal en 1997. En ese momento supo que la artesanía lo estaba esperando.

Sin ninguna guía Luis Francisco aprendió a cocinar el totumo en agua caliente, a quemarlo en un horno de brasa destapado y a ahumarlo con el corozo del pan de vino para conseguir que las piezas lucieran un particular tono marrón. Luego supo cómo secar el totumo, almacenarlo, limpiar-

lo y ponerlo al sol dos días. Finalmente se lanzó a tallar el totumo con mucha delicadeza para sacar platos, cucharas, jarras, pocillos y maracas. Pero también se convirtió en un experto haciendo figuras de aves como el pavorreal y el cucurrucucú, y de animales como el conejo y el armadillo. Además continuó haciendo helicópteros y aviones. Uno de sus aviones más grandes lo hizo para el expresidente Álvaro Uribe, pero nunca pudo entregárselo personalmente y terminó vendiéndoselo a una señora de Coveñas que quedó cautivada con la pieza.

A los setenta y dos años, asegura que uno de los secretos del oficio es trabajar con las herramientas adecuadas. Para él, ganador de la Medalla a la Maestría Artesanal, cada artesano debe ser capaz de crear sus propios elementos de trabajo. Luis Francisco hizo los suyos hace veinte años y continúa utilizando la misma segueta, el mismo cuchillo para tallar y el mismo llamador con el que hace delicados dibujos. Con humildad siempre les insiste a sus alumnos que hay que tener paciencia y aprender a comunicarse con el totumo para que no se raye y se deje tallar.

Luis Francisco trabaja cuando no llueve y siempre lo hace con luz natural. De sus cinco hijos tres conocen el oficio, pero es su hijo mayor quien se convirtió en su mano derecha. Aunque asegura que la artesanía ha sido una bendición, dice con la tranquilidad de quien ha cumplido su misión, que su ciclo con el totumo se está cerrando.



4. FIGURAS DE MADERA



John Fredy Puerta siempre quiso crear con las manos. Dice que la vena artística la heredó de su padre, quien en sus ratos libres hacía animales de plastilina. El resto del tiempo se la pasaba atendiendo, junto con su madre, una pequeña tienda que montaron en Santa Fe de Antioquia. John Fredy recuerda que él decidió hacer sus propios juguetes con papel cartón. Con mucha facilidad fue formando aviones, helicópteros, carros y casitas de cartón con los que durante horas creaba su mundo.

Luego fue formando, con palitos de paletas, delicadas figuras de santos y réplicas de la Semana Santa. Con tan solo once años se lanzó a trabajar con la madera. Quería crear figuras duraderas y más complejas. Empezó a ir de carpintería en carpintería para recolectar trozos de madera. Así fue conociendo el material, aprendió que las maderas duras no funcionaban para su oficio y entendió que la ceiba y el cedro caobo, maderas blandas fáciles de manipular y de tallar, eran las ideales para su trabajo.

Todo lo que sabe lo aprendió de manera autodidacta. Con un bisturí que compró en una papelería comenzó a tallar y, con el tiempo, fue armando su equipo. Con un taladro, gubias de diferentes tamaños y una caladora de mesa instaló un pequeño taller en su casa. Desde allí comenzó a tallar réplicas de las figuras de la Semana Santa y a

hacer figuras sin vestir de 25, 30 y 35 centímetros de altura. Son muñecos móviles a los que se les puede articular la cabeza, los brazos y las piernas.

John Fredy estudiaba de lunes a viernes y los fines de semana se dedicaba a tallar dos o tres figuras que vendía en su casa. Primero cortaba y labraba la madera, luego tallaba la cabeza y el tronco de la figura y finalmente lijaba y pintaba con vinilos. Aunque hizo un curso de ebanistería en el Sena, dice que lo suyo siempre ha sido la talla de madera.

En 2011 ganó el primer premio de la V Bial de Occidente y la Universidad de Antioquia con una pieza compuesta por varias figuras de madera sentadas que conversaban entre sí. Luego ganó el concurso Antioquia le canta a Colombia con la escultura de un tiple de madera que tituló Ilusión.

John estudió tecnología de alimentos en la Universidad de Antioquia y a los treinta y ocho años está terminando estudios de maestro en Artes Plásticas. Además, trabaja en la alcaldía de Santa Fe de Antioquia en el área de cultura, donde apoya eventos y talleres de plástica y dibujo. Ahora está centrado en terminar la carrera para comenzar a exhibir sus figuras en ferias artesanales de todo el país. John Fredy asegura que quiere hacer piezas más artísticas y compartir su conocimiento para enamorar a otros de la belleza de la madera.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero sí al oficio referido en la historia.

5. LA ANTIGUA COSTUMBRE DE TEJER

William Contreras continúa tejiendo en los dos telares horizontales que le heredó su abuelo. Y es que para su familia el tejido ha sido una tradición ancestral. William arrancó a los seis años haciendo cañuelas y devanado la lana que sus padres utilizaban para tejer mantas y ruanas. Luego empezó a subirse al telar, a practicar el movimiento de la máquina y a observar la manera en la que la urdimbre y la trama se unían para crear prendas de lana. A los catorce años sintió que estaba listo y tejió su primera manta. Desde ese momento, no ha parado de explorar un oficio del que se siente honrado.

En la adolescencia, además de trabajar en el negocio familiar, se dedicó a tejer en varias casas de familia que le pagaban por hacer ruanas, cobijas y capotas. Era una época prospera en Cucunubá, Cundinamarca. En los años setenta y ochenta casi el noventa por ciento del pueblo vivía del oficio del tejido, pero el tratado del libre comercio que se firmó durante el gobierno de César Gaviria puso en vilo la tradición. Aunque hoy son pocas las familias que se dedican al tejido, la práctica artesanal se mantiene vigente gracias al apoyo de la Fundación Compartir, la cual empezó a trabajar con tejedores del pueblo en los años noventa.

Al igual que William, otros cien tejedores ingresaron a la fundación. Allí aprendieron a utilizar el algodón, los hilos gruesos y delgados, y a hacer acabados en cuero. Además conocieron la alpaca y ampliaron la producción. Ahora tejen chales y mantas, telas para cortinas, individuales, pashminas, y ruanas con puntadas y diseños

más modernos. La fundación les daba la materia prima y ellos se encargaban de entregar los productos, una rutina que les permitía ejercer el oficio mientras compartían tiempo con sus familias.

Además, pudieron trabajar con reconocidos diseñadores como Juan Pablo Socarrás, María Luisa Ortiz, Ricardo Pava y Ángel Yañez en el desarrollo de una importante pasarela. Gracias a Festilana, un famoso festival que se celebra una vez al año en el pueblo, se ha popularizado un desfile en el que se exhiben prendas de diseñadores hechas por artesanos de Cucunubá.

Sin embargo, hace un año la Fundación Compartir tuvo que dejar el pueblo. William y otros cuarenta tejedores quedaron a la deriva hasta que, gracias al apoyo de Artesanías de Colombia, lograron embarcarse en un nuevo proyecto en el que van a aprender a manejar diferentes fibras y a realizar diseños innovadores.

Hace tres años, un artesano de Cucunubá participó en la feria de la moda en Milán, Italia, para mostrar, en ese lado del planeta, las prendas de lana que hacen parte de una tradición ancestral. Desde entonces saben que el paso siguiente es comenzar a exportar sus productos a Estados Unidos y Canadá. Ya tiene sello Icontec y esperan que, muy pronto, el mundo entero quiera ponerse una ruana.



6. UNIVERSO MADERA



A **Alfonso Carrillo** le gustó pintar desde que era un niño. Sin embargo, a la hora de tomar una decisión profesional optó por elegir el mismo camino de su padre. En la Universidad la Gran Colombia de Bogotá estudió arquitectura y luego fundó una constructora en Neiva. Hace veinticinco años la empresa quebró y Alfonso cambió radicalmente su vida. Decidió que si quería marcar una diferencia y tener éxito tendría que dedicarse a hacer algo fuera de lo común. No quería copiar a nadie, sino seguir su propio camino. En el vidrio encontró lo que estaba buscando. Sin maestros ni guías fue forjando su propio conocimiento, aprendió a darle sombras y volumen a sus piezas, a manejar la vitraseta, una pintura fría que se utiliza en los vidrios y, lo más importante, a dominar el fuego.

Empezó pintado botellas y pantallas de colores para decorar las habitaciones. Luego conoció la vitrea, una pintura para vidrios que se hornea a ciento sesenta grados y genera un color más parejo en las piezas, y estudió el complejo uso de los esmaltes para vidrios hasta que, después de un largo proceso de prueba y error, pudo producir sus propias pinturas. En el año dos mil, cuando empezó a asistir regularmente a Expoartesanías, amplió su producción. Comenzó a hacer topitos de vidrios de colores para las orejas y se centró

en buscar un nicho de mercado que se interesara en las imágenes precolombinas. Estudiando las molas, esas piezas artesanales tejidas a mano, y la definida geometría indígena, lanzó una línea de objetos para mesa y cocina como platos, bandejas, fruteros, portavasos y contenedores.

El segundo piso de su casa en Neiva se convirtió en el Taller Carrillo, donde trabaja todos los días. El proceso de cada pieza dura casi doce horas. Primero hace el diseño, luego corta los vidrios (uno se pinta y otro se pone encima), los pinta y los ingresa, durante cuatro horas, a un horno eléctrico que está a ochocientos grados de temperatura. La pieza se moldea mientras el vidrio cede ante el calor.

Alfonso también hace vitrales para casas particulares, clubes e iglesias, murales para fuentes y piscinas, y enchapes para baños y cocinas. Lo apasiona la versatilidad del vidrio, pero asegura que ya conoce a fondo la vitrofusión, que el mercado se está suturando y que, a los sesenta y seis años, está dispuesto a ir por más. Por eso se está replanteando qué hacer en el futuro. Quiere perfeccionar la técnica del retrato en vidrio para crear objetos escultóricos que sorprendan por su belleza. Una prueba creativa que está listo para enfrentar.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.



7. DE BARRO Y DE DISEÑO

A los ocho años **Eladio Mogollón** descubrió su talento. Lo supo cuando en el colegio le pusieron de tarea hacer una historieta que el dibujó sin ningún esfuerzo. Los trazos fluían y las figuras aparecían con perfección en el papel. Cuando estaba en quinto de primaria ganó un concurso de dibujo y a los catorce años empezó a trabajar la arcilla. Creció viendo a su mamá hacer animalitos de arcilla en sus tiempos libres y, desde muy chiquito, sintió curiosidad por el barro.

Dibujar con las manos y crear figuras se convirtió en una obsesión. En ese entonces iba con su mamá a una mina de arcilla en Pamplona, Norte de Santander, y recogía material para practicar por su cuenta. Luego entró al Instituto de Arte de Cúcuta y recibió uno de los regalos que más lo han marcado en la vida: un libro de cerámica. Observando, una y otra vez las páginas del libro, aprendió a hacer platos, jarras, fruteros y pocillos de cerámica.

Pero lo suyo siempre ha sido el diseño y la escultura. Compró un horno y varios moldes, y arrancó a crear figuras humanas, personajes populares como el indio motilón, lámparas, animales o piezas que le encargaban para publicidad. Además, comenzó a enseñar lo que sabía dictando talleres de modelado a mano y molde en varios municipios de Norte de Santander, en universidades y a

personas que tocaban a su puerta en búsqueda de conocimiento.

Eladio asegura que el proceso de cada pieza exige mucha dedicación y precisión. Primero se debe moldear el diseño del objeto en el torno, luego se hacen las tallas o apliques en alto o bajo relieve, para después llenar el molde con arcilla líquida, meterlo al horno y finalmente decidir si las piezas se esmaltan o se dejan rústicas.

Durante un tiempo, luego de que la quema de cerámica se suspendiera en Cúcuta por los altos costos, se dedicó a fabricar hornos eléctricos y de gas que permitieran desarrollar el oficio. Hace dos años volvió a la artesanía gracias a un proyecto que emprendió con Artesanías de Colombia para lanzar una línea de jarrones de piso, con texturas de árboles, hechos con arcilla roja.

A los cuarenta y nueve años, Eladio tiene toda su energía puesta en la ampliación de su taller. Quiere tener un lugar organizado, donde pueda trabajar en diferentes líneas de producción y darles empleo a nuevos artesanos. Su pasión son los diseños contemporáneos que hacen énfasis en lo geométrico y lo lineal. Por eso le gusta dibujar cada pieza que sale de su taller. Su apuesta no es por la producción en masa, si no por líneas exclusivas que dejen huella.

8. EL JUEGO DE LA MADERA

Desde muy pequeño, **Luis Octavio Ocampo** supo que quería construir objetos con las manos. Aunque no viene de un linaje de artesanos –su madre fue ama de casa y su padre trabajó como todero en un colegio de Santa Rosa de Cabal, Risaralda–, a él le picó el bicho artístico cuando en el colegio técnico que estudiaba escogió especializarse en ebanistería. La madera lo atraía por su calidez y sensualidad y, desde la primera vez que la tuvo entre las manos, supo que ahí estaba su camino. Por eso decidió continuar con el oficio y especializarse en ebanistería y mecánica industrial en el Sena de Pereira. Arrancó trabajando en varios talleres y, a los dos años, se independizó. Empezó a construir muebles de sala, comedor y alcoba, y a hacer carpintería de puertas, clósets y cocinas.

Un día, cansado de desperdiciar los pedazos de madera que quedaban de la fabricación de los muebles, decidió lanzarse a hacer artesanías. Luis Octavio creó dos líneas: una de balcones típicos del eje cafetero y otra de carros antiguos. Gracias a su técnica y a la calidad de sus piezas, un laboratorio de diseño de Armenia le recomendó exponer su trabajo en Expoartesanías. Durante cinco años visitó la feria para dar a conocer sus muebles y artesanías, y entablar lazos con importantes clientes que continúan comprando sus objetos. Sin embargo, luego de un tiempo y por esas ganas inmensas que tiene de innovar, decidió cambiar el eje del negocio y comenzar a

fabricar juegos de madera que alejaran a los jóvenes de los juegos electrónicos y pusieran a prueba sus habilidades mentales.

Con su familia fundó Artesanías clásicas, una pequeña empresa que funciona en su casa y en la que trabaja con la ayuda de un sobrino, un cuñado y dos hijos: uno se encarga de los diseños y las instrucciones de los juegos, y otro está a su lado en la elaboración de los productos. Entre todos crean juegos de ingenio y destreza mental como los cubos de encajar, el cubo soma, compuesto por siete piezas que forman diferentes figuras, o el cubo serpiente, una tira con veintisiete cubos pequeños entrelazados por un elástico interno que se desarman y se arman. También tienen una línea de juegos de entretenimiento como el parque escalonado en 3D. Todo lo hacen con pino ciprés y con maderas exóticas duras como el algarrobo, el granadillo y la teca. Son juegos artesanales y muy funcionales contruidos con la belleza de la madera. A los cuarenta y nueve años, Luis Octavio asegura que quiere retar al mundo con el ingenio de sus juegos.



9.

MOLDEANDO LA TRADICIÓN

Ana Lucía Alquichire aprendió todo lo que sabe al lado de su madre. Fue ella, Ana Felisa Alquichire, quien le enseñó todos los secretos de la artesanía de barro, una tradición del pueblo Guane que hoy, lamentablemente, está en vía de extinción. Desde los cinco años su madre le explicó que si quería aprender el oficio tenía que mirar la manera en que ella mojaba y moldeaba las bolas de arcilla.

Ana Lucía contemplaba durante horas y en absoluto silencio ese proceso alquímico que convertía el barro en ollas, cacerolas, sartenes, vasijas y jarras. Sin embargo, fue hasta los cincuenta años que tomó en serio la artesanía. Después de trabajar sembrando frijol, tabaco y maíz, un día las piernas y la espalda le pasaron factura y decidió retomar sus orígenes. Lo que aprendió de niña no se le había olvidado. Su madre, ganadora de la Medalla a la Maestría Artesanal, fue su mejor maestra.

La parte más dura del proceso es conseguir el barro. Ana Felisa tiene que caminar una hora hasta una vereda vecina y contratar a tres obreros para que la ayuden a sacar quince sacos de barro que le alcanzan para la producción de un año. Luego tiene que conseguir piedras minerales muy lisas y llevarlas hasta su casa de tapia pisada en el corregimiento de Guane, Barichara.

Con la materia prima comienza el trabajo. Primero tiene que quemar las piedras, partirlas y molerlas con la mano, para luego mezclar ese polvo con el barro y crear productos resistentes.

Cuando la mezcla está lista se pone al sol, después se echa en agua y comienza a amasar el barro. Haciendo bolitas de arcilla va formando, con una destreza manual asombrosa, cada objeto. Cuando la arcilla se seca, arranca el proceso de la quema. En un hueco en la tierra, con chamizas, leña y boñiga de vaca, se queman durante dos horas los objetos. El humo les da a las piezas hermosos tonos rosados, blancos y algunas pintas azules.

Ana Lucía vive con su madre. Hace siete años murió su esposo y sus dos hijos, de veinticuatro y treinta años, no quisieron continuar con el oficio. Todos los días se levanta a las 4:30 de la mañana, hace el desayuno y luego reza al rosario con su madre. Aunque está enferma, a los noventa años Ana Felisa sigue pidiendo que le lleven bolitas de arcilla para moldear algún tiesto.

Ana Lucía dice que sentir el barro en las manos la hace feliz, pero le preocupa que la tradición esté desapareciendo. Las jóvenes no se interesan por el oficio y la última gran maestra Guane que queda viva es su madre. Sin embargo, a los sesenta y dos años la tranquiliza hacer su parte y cumplir con la meta que ella misma se ha impuesto: fabricar seis platos, seis cacerolas y seis vasijas a la semana. Una producción que, se venda o no, siempre debe estar presente en su taller como un recuerdo de su herencia.



* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.



10. EL HIERRO Y EL FUEGO

Braulio Ledesma asegura que la pasión por el arte la heredó de su padre. Su madre murió cuando él tenía dos años y creció al lado de dos tías, tres hermanos y su padre, un experto ebanista de Popayán que le transmitió el amor por el trabajo. Cuando salía a vacaciones, Braulio tenía que levantarse a las siete de la mañana y pasar el día entero lijando madera. Así observó la manera en que su padre trabajaba con precisión el cedro y el nogal para hacer camas talladas, arcones, bargeños, bibliotecas y puertas. Cuando terminó el colegio le ofrecieron una beca para estudiar algún oficio en el Sena. Sin pensarlo, escogió la forja. Aunque había crecido en medio de la madera, el hierro lo cautivó de inmediato.

Estudió un año la técnica y después pidió un préstamo para comprar las herramientas que exige el oficio: una prensa de herrero, un yunque, un esmeril, una forja para calentar el hierro, cizallas para las láminas y soldadores. Así montó el taller Hierro y lámina en Popayán, donde trabaja desde hace cuarenta y cinco años en absoluta soledad, pues dice que cada vez hay menos personas interesadas en un trabajo riguroso y pesado que está desapareciendo.

Dominando la temperatura del fuego y con una técnica que ha pulido con los años hace lámparas en forja de varias luces, lámparas redondas, faroles de diferentes tamaños, techos y puertas.

Braulio es de los pocos maestros de la forja que aun trabaja el remache a mano, una delicada técnica de decoración que exige tiempo y dedicación. Además, afirma tener el secreto para que cada pieza tenga el característico color natural quemado de la forja.

En su taller trabaja doce horas diarias. Todos los días, antes de comenzar a manipular el hierro, dibuja los diseños que va a realizar. Además de las piezas que lo han hecho popular ahora está haciendo esculturas de reciclaje con tuercas, bujías, tornillos y arandelas que consigue en la calle y a las que les pone un acabado en laca para que no se oxiden. Así han surgido carros de carrera, helicópteros, bicicletas y ciclistas.

Braulio ha tenido la valentía de conservar la tradición y la sabiduría para enseñarles el oficio a 320 artesanos a quienes les ha dado talleres en el Sena, en colegios industriales y en la Escuela Taller de Popayán. Pero dice que son muy pocos los que se enamoran de la forja, un trabajo que necesita paciencia y amor. A los sesenta y un años, está enfocado en un ambicioso proyecto: la publicación de un libro sobre la tradición de la forja de hierro en Popayán. Braulio espera tenerlo listo este año para seguir aportando conocimiento sobre un saber ancestral y, por qué no, poder enamorar a más jóvenes artesanos del poder creativo del hierro.

ARTÍFICES No.11

ARTESANÍAS DE COLOMBIA

Gerente General

Ana María Frías Martínez

Jefe de la oficina asesora de Planeación en información

María Mercedes Sánchez Gil

Gestión del conocimiento

Camilo Ernesto Rodríguez Villamil

Comité editorial

Leila Marcela Molina

Camilo Rodríguez Villamil

Coordinación editorial

Camilo Ernesto Rodríguez Villamil

Textos

María Alexandra Cabrera

Diseño editorial

Laura de Gamboa

Diagramación

Lina Fernanda Varela Roa

Fotografía objetos

Iván Ortiz y Fabián Parra; Gustavo Chávez

Preprensa

Julio Sánchez Guillén

Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

© ARTESANÍAS DE COLOMBIA

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistema recuperable o transmitida en forma alguna o por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el previo permiso escrito de Artesanías de Colombia.

Carrera 2 No. 18 A - 58

www.artesaniasdecolombia.com.co

Printed in Colombia

<i>Catalogación en la Publicación Artesanías de Colombia</i>	
Artífices 11 /	
Artesanías de Colombia. - Bogotá : Artesanías de Colombia, 2014- . - No. 1 (2014)-No. 11 (2018).	
Volúmenes : ilustraciones ; 27 cm.	
Semestral	
ISSN: 2357-5352	
1. Artesanías - Investigaciones - Colombia - Publicaciones seriadas --	
2. Artesanos - Colombia - Publicaciones seriadas -- 3. Desarrollo artesanal - Colombia - Publicaciones seriadas -- 4. Oficios artesanales - Colombia - Publicaciones seriadas I. Colombia. Ministerio de Comercio, Industria y Turismo. Artesanías de Colombia	
745.5--dc23	JMCH/CENDAR

